

tica existente, postura que se convierte en el único punto realmente convergente de todos ellos, pues ni siquiera el adjetivo global de «estructuralistas» les cuadra a los doce, con casos tan claros como el de los autores de los países del Este europeo (Eva y Jiri Struska, Jerzy Kosak, Antonín Sychre), mucho más preocupados —lógicamente— por la superación de los resabios del realismo socialista, aunque es preciso señalar la situación un tanto aparte de Sychre, quien, junto a un interesante análisis de «La femme mariée», de Godard, ofrece su convencimiento de que «todo lo escrito por Barthes, Pasolini, Mitry, Metz (...) se trata sólo de una primera fase que se ocupa más de la morfología y la sintaxis del arte cinematográfico que de la semántica estrictamente. Y, por muy importantes que sean las comparaciones entre film y lenguaje, nunca van a revelar las formas específicamente estéticas que caracterizan el arte que nos ocupa». Pensamiento similar al que, con palabras irónicas y desgarradas, sintetiza Galvano della Volpe al final de su intervención «¿Es posible una crítica cinematográfica?»: «Estas conclusiones, casi tan escépticas como cautas, nos parecen las más adecuadas a los caracteres sustanciales de este complejo arte y problemática del film, al cual, en cualquier caso, debemos demasiadas emociones profundas y demasiados pensamientos confortantes como para resignarnos a verlo "promovido" a dignidad de "lenguaje" por razones —analógicas— no diferentes de aquellas por las que decimos se fantasea acerca de un "lenguaje de las abejas" o "de las flores"».

Ir resumiendo una por una las catorce ponencias agrupadas en el libro y transcribir literalmente los párrafos en que cada autor trata de centrar las características del análisis estructural aplicado al cine e incluso «lo que» en realidad «es» el cine (lengua, lenguaje, medio de comunicación, canal de información), seguramente sería el trabajo más válido posible —por su claridad— sobre «Ideología y lenguaje cinematográfico», una vez comprobada la confusión que su utilización superficial ha ocasionado aquí y ahora. Pero ello rebasa nuestras posibilidades de espacio. ■ FERNANDO LARA.

### Blas de Otero: «Historias fingidas y verdaderas»

Siempre sobran razones para conversar periódicamente con Blas de Otero, porque sigue siendo, a pesar de la mediatizada opinión de algunos, el gran Blas de Otero de siempre, el de «Angel fieramente humano» y «Redoble de conciencia». Hay una línea sostenida a una altura constante, a una elevada altura, en la poesía de este bilbaíno de 1916 que ha recorrido medio mundo, ha vivido en Cuba y en Extremo Oriente y reside en este momento en Madrid. Pero hay ahora un motivo muy concreto que convierte su nombre en noticia: la próxima aparición de su libro, escrito en prosa, «Historias fingidas y verdaderas», y el punto final ya puesto a su obra «Hojas de Madrid», que saldrá después.

Inicio el abordaje a Blas de Otero por un tema sin duda muy claro para él.

—Este es un momento crítico para la poesía social. Uno de los máximos representantes, contigo, es Gabriel Celaya, el cual, como sabes, ha evolucionado últimamente. Sin embargo, en tu libro "Expresión y reunión" se advierte una consecuencia, aunque también se registre una cierta evolución. ¿Qué piensas de todo esto?

BLAS DE OTERO.—Que hace falta evolucionar, revolucionarse, sin que esto suponga renegar de lo anterior. Por otro lado, pienso que lo esencial en el estilo de un poeta es su «tono de voz», y éste, más o menos, permanece inalterable. En todos mis libros he ido evolucionando, y en los últimos más acentuadamente; en especial en el último, aún inédito, que por ahora se titula «Hojas de Madrid» (1968-70), he profundizado mucho más esa evolución, tanto en la forma como en el llamado contenido. Respecto a éste, uno de sus caracteres puede ser la integración mutua de lo individual y lo colectivo o histórico, así como la interferencia de distintos temas dentro de un mismo poema.

—¿Consideras válido el rescate intentado por la última promoción patrocinada por Castellet, del surrealismo y el modernismo? Pienso, como más representativos de ambas recuperaciones, en Ana María Moix y Pedro Gimferrer.

B. de O.—De todos losismos últimos, el surrealismo es el más válido por no tratarse de una mera escuela literaria, sino que responde a algo tan fundamental del ser humano como es el subconsciente; así puede quedar incorporado a toda creación literaria o artística posteriores, bien con exclusividad o coexistiendo dentro del poema con otros modos de expresión. En cuanto a los nombres citados, opino que Gimferrer tal vez sea el más dotado; la figura de Ana María Moix me parece de excepción, no sólo en sus poemas, sino en esencial en su extraordinaria novela «Julia», sobre todo, a mi entender, por su profundización psicológica y hasta psicoanalítica.

—¿Como poeta, cómo ves desde hoy la generación de mil novecientos veintisiete?



B. de O.—Se ha repetido hasta la saciedad que ellos nos perfeccionaron fundamentalmente el instrumento, dentro de la diversidad existente entre ellos y la variedad en la obra de cada uno. No hay que olvidar tampoco, antes de esa generación, sin reiterar una vez más el nombre de Antonio Machado, a León Felipe y Juan Ramón. Este último, queramos o no, fue y será siempre un gran poeta. Por cierto, creo que sus elementos o apoyaturas populares, tanto en la expresión como en ciertos temas y figuras, no han sido lo suficientemente estudiados.

—He discutido con otros escritores la validez del lenguaje coloquial en el poema. ¿Cuál es tu opinión sobre esto?

B. de O.—El lenguaje de un poema auténtico será siem-

pre lenguaje poético; a él puede llegarse por diferentes vías. En cuanto a las expresiones coloquiales, no creo que deban utilizarse con exclusividad, pero qué duda cabe que su incorporación comedida y en su momento oportuno puede airear y acrecentar la expresividad. Además, hay que distinguir entre la repetición de un cliché usual y su desviación de sentido e incluso doble sentido, que es lo que me parece más válido.

—Se ha hablado siempre de poesía social. ¿No crees que deberíamos decir "poesía política"?

B. de O.—Según sea el texto. Hace mucho tiempo, en una conferencia en la Ciudad Universitaria de París, llamé a todo este tipo de poesía «historia», en el sentido de ocuparse del hombre en una

B. de O.—Ambos se produjeron, más que por las lecturas, por el proceso interior y las experiencias vividas.

—¿Hacia dónde te encaminas poéticamente ahora?

B. de O.—Ya he aludido a ello al referirme a «Hojas de Madrid». Uno no puede proponerse en frío ni por voluntarismo unos temas ni una forma determinados. Este proceso se va produciendo lentamente y sale a la superficie al llegar a su punto de madurez.

—¿Te condicionó mucho tu larga estancia en Cuba?

B. de O.—Viví su revolución y, en otro aspecto, advertí en sus escritores algo que podríamos calificar como «anticulturalismo hispánico», cosa que considero muy legítima, pues demasiado tiempo permanecieron antaño dentro de la órbita cultural española y ellos quieren encontrar su propio camino. En poesía, a mi entender, cuentan ya con nombres importantes, entre otros, Fayad Jamis y Heberto Padilla.

—¿Qué te parece esta actitud, diríamos, de resquebrajamiento que puede observarse a nivel político en muchos jóvenes de hoy?

B. de O.—Aludiendo al mundo progresista, sea de maduros o de jóvenes, suele hablarse de crisis, pero ésta puede tener carácter puramente negativo o bien otro natural y hasta conveniente. Por otro lado, en el campo de enfrente —simplificando a causa de los límites de una entrevista— la crisis viene de mucho más atrás; aunque nos muestre apariencias engañosas y deslumbradoras, junto a ellas continúan imborrables otros aspectos que llegan hasta el salvajismo (léase Vietnam, el hambre y la represión en Latinoamérica, y otros ejemplos tan edificantes como éstos).

—¿Qué libros tienes y has tenido de cabecera?

B. de O.—Mi poeta predilecto es fray Luis de León, así como el cancionero tradicional y popular y el romancero. También Nazim Hikmet y César Vallejo. Por lo demás, siempre leí de todo, y no sólo literatura, procurando que las páginas no me tapasen la vida. ■ EDUARDO G. RICO.